

Juan Loco

Victoriano García Ceñal

Juan se llamaba y se apellidaba Loco, y loco era de atar, de atar precisamente no, que a nadie se le ocurrió nunca recluir en un manicomio al pobre e inofensivo Juan.

En una serie de generaciones de *Locos*, que se pierde en la noche de los tiempos, aparece Juan como el único *Loco* a quien se perturbó el juicio. De ahí que sea escusado hablar de herencia, de transformación morboso, de fenómenos de atavismo.

Pero de lo que no hay duda es, que Juan fue un loco, un verdadero loco en la acepción técnica de la palabra, sin mezcla de demencia, ni pizca de idiotismo.

En la difícilísima y deficiente nosología frenopática, Juan Loco quizá podría encajar en la manía intelectual crónica, pero sin todos los caracteres de “delirios alucinatorios variables, acompañados de más o menos incoherencia o debilidad del entendimiento” (*Hammond*) porque en Juan se advertían indicios de monomanía religiosa y rasgos de monomanía razonadora, como que pensaba mucho y pensaba hondo.

En la primavera de la vida, a los 18 o 20 años, por causas vulgares, por predisposición morbosa, yo no sé por qué sintió Juan las primeras sacudidas de los nervios, las primeras perturbaciones funcionales de la sustancia gris, las primeras alteraciones del entendimiento, las primeras perversiones de las facultades afectivas y del instinto, y con la tempestad bajo el cráneo, abandonó sus tierras, sus ganados, su casita de Nieda, donde hasta entonces pasara plaza de cuerdo, instalándose en la ex-corte de Pelayo que le acogió y trató, no como a uno de tantos *Locos* de la familia, sino como a un loco auténtico, como loco de remate.

Sin casa, hogar, ni familia, pensó que lo más cuerdo y más cómodo era vivir con los muertos y en el cementerio se acomodó, como mejor pudo. No tenía lecho, donde dar descanso a sus fatigados miembros y encontró lo más sencillo y lo más barato dormir en la caja de los difuntos; y allí, sin molestar a los vivos, ni perturbar la paz de los muertos pasó Juan su juventud florida, la edad de los ensueños de oro y de gloria, de los amores y de los placeres.

Ignorante, en la ignorancia más supina, despertósele el afán de saber, y como no entendía de letras, creyó lo más práctico apegarse a las clases cultas, a los sacerdotes, a los abogados, a los médicos, a doquiera que le dieran a la vez que unos mendrugos de pan para llenar el estómago, unas cuantas nociones, unas cuantas ideas para nutrir su cerebro.

Y trabajando a intervalos o viviendo de la caridad, con esa especie de dignidad y entereza del indigente que no pide limosna, inofensivo y discreto, solícito y complaciente con todos y por todos querido, discurriendo a veces con lucidez extraordinaria y desbarrando otras como loco que era, a temporadas en completa hiperfrenia, sintiendo los apetitos ardorosos del macho y agujoneado por los instintos brutales de la fiera, pero sin realizar jamás los impulsos mal sanos de la *mens insana*, observando mucho y pensando más, así llegó Juan sin grandes contratiempos, ni contrariedades a la madurez de la vida.

Juan Loco era más bien bajo que alto, ancho de espaldas, fornido, robusto; tez morena, fisonomía expresiva y simpática, nariz borbónica, ojos castaños claros, vivos y penetrantes; frente espaciosa, escultural, cabellera negra, abundosa, dura y enmarañada, manos nervudas y pies disformes y callosos como los de un oso. Casi siempre descalzo y descubierto, su indumentaria era la clásica del país, ni del artesano, ni la de persona acomodada, era propia, exclusiva, típica, que el mismo Juan confeccionaba con artístico desorden, combinando la prenda que le regalaba el amigo con el guiñapo que recogía en el arroyo.

Cambiara el palo armado de un cuerno que constantemente usaba por la espada corta, el venablo y el arco y creeríais ver al almogávar que se imponía por el terror en la corte de los Paleólogos o al terrible astur, espanto del aguerrido legionario romano.

Atrevido, audaz, con todas las audacias del valor temerario, a nadie extrañaba verle subir, en rápida carrera y en madreñas, por el pretil de nuestro viejo puente de piedra, llegar a la cima, detenerse, mirar al fondo del agua desafiando el vértigo de las alturas, y descender impávido, sereno, cantando, lanzando ronquidos estrepitosos o el *jju-jú* del país. Para él, era cosa de juego dar diez o doce vueltas con vertiginosa rapidez por la cornisa de la torre de nuestra iglesia haciendo prodigios de habilidad y de equilibrios; y allá

donde van a morir las cristalinas ondas del poético Sella, en noches de tormenta y de borrasca, cuando las embravecidas olas del cantábrico azotan furiosas los acantilados de la Punta del Caballo, cuantas veces, por impulso irresistible, con placer inefable, después de rezar sentida plegaria a la Virgen de Guía, descendía Juan trepando, saltando como un rebeco, por las puntiagudas rocas hasta que espumosa y rugiente ola bañaba su ardorosa frente.

Juan era un Cronicón andando, un cronista a su manera de la *patria chica*. La *historia del Infante Pelayo*, las leyendas del *Resbalón de la mula*, el *Molino de roi roi*, las *Xanes de Cueto-Illoriu*, el *Torreón de Cazo*, la *Cuesta de la mesnada*, los *Rabicos* de no sé que pueblo, y otra infinidad de cuentos y tradiciones las narraba Juan en estilo conciso y pintoresco, matizado de vivísimos colores y con rasgos de peregrino ingenio.

Además de esto Juan Loco tenía sus puntos y ribetes de filósofo, filósofo, claro es, sin sistema, sin escuela, sin filiación bien definida, inclinándose ya a un vago espiritualismo católico, ya al positivismo de Spencer, pero con una profundidad de pensamiento que maravillaba, cuando no caía, y era hartamente frecuente, en el desvarío, en el disloque, en la locura.

¿Cómo y dónde había aprendido Juan esas cosas? Rodando de aquí para allá y en todas partes pescando y asimilándose ideas, almacenándose en el cerebro, comparándolas, sentando premisas, sacando consecuencias, teniendo la inteligencia en perpetua tensión y tortura. Empleaba pocas veces frases sencillas y claras, gustándole más usar frases y conceptos oscuros, anfibológicos, y si le presentaban una cuestión que no alcanzaba a resolver, o por que no la entendiera o porque fuera realmente insoluble, apelaba a una fórmula que ha quedado en el país como apotegma. Preguntada a nuestros aldeanos por algo incierto y dudoso y os contestarán: “En viéndolo basta, como diz Juan Loco”.

Pasó plaza, y con justicia, de leal, honrado y bondadoso. Vivía como los pájaros, al día y si algo le sobraba lo repartía entre los pobres y los perros sus fieles y cariñosísimos amigos.

Yo no he conocido a ninguna persona que inspirase tan hondas y vivas simpatías —y pase la frase— como Juan inspiraba a la raza canina: el fiero mastín y el inofensivo falderillo, todos se sentían atraídos, con atracción irresistible, al pobre loco que departía con ellos tan amigablemente como si en realidad, entendiera su lenguaje. Si lo comprendía o no, yo ni lo afirmo, ni lo niego, que Juan en esto, como en otras muchas cosas, guardaba impenetrable reserva, y con el secreto de hacerse querer de todos los perros de la comarca se fue a la tumba.

En cambio, la mujer, parecer ser, que no le merecía el mejor concepto. Recuerdo que un día le dije: ¿por qué no te casas, Juan? —Porque la mujer no es como la perra, me contestó sin vacilar. ¿Y qué es la mujer? le volví a preguntar. —Sepultura de hombres vivos.

Dichos de un loco, pensé yo, y pensará conmigo la bella mitad del género humano.

En los comienzos del año 1878, si mi memoria no me es infiel, empezó Juan a decaer visiblemente. —El cuerpo se le encorvaba, las carnes se demacraban, el color de la cara iba tomando un tinte terroso, en una palabra, aquel vigoroso organismo estaba en plena degeneración. —Vanas eran las instancias, los ruegos, las súplicas que le hacíamos para que nuestro buen amigo se pusiese en cura. Juan no se daba por aludido, escurriendo el bulto, con un chiste ingenioso o con algún desplante. Un día que el pobre enfermo se sentía más fatigado que de costumbre, me acerqué a él y con solicitud cariñosa le dije: —Juan, tú estás malo, muy malo, es necesario que yo te examine, y ya verás que pronto te pones bueno. Dirigióme una mirada tierna, dulcísima en la que se reflejaba profundo agradecimiento: después fijó en mí las pupilas que tomaron el color del acero bruñido, e irguiéndose con viril energía, me contestó con resolución firmísima: “Los médicos curarán a los vivos, a los que se mueren, nunca. A esos sólo Dios los cura”.

Una tarde triste y fría, como tarde de diciembre que era, arrastrándose más bien que andando, iba Juan, Campo de San Antonio arriba. —¿A dónde vas Juan? le preguntaron. —Donde se nace se muere, contesto el infeliz loco y continuó trabajosa y lentamente su camino.

Aquella misma noche, cerca, muy cerquita de la casa donde naciera, tirado en el arroyo, por abrigo la fría escarcha, por todo consuelo la luna y las estrellas, atormentado por horribles dolores y atenazado el espíritu por esas tristezas indefinibles y sin fondo del que sufre, pero con esperanza y fe vivísima en Dios, abandonaba Juan este mundo de miserias, volando a otras regiones su alma purísima, libre ya de la deleznable y perecedera materia.

GARCÍA CEÑAL, Victoriano, “Juan Loco” en *El Auseva*, Cangas de Onís, 3 de diciembre de 1893, año III, núm. 139, pp. 1-2.